



cho, se habian convertido en absolutistas. La junta se dividió en cinco secciones, y fué creada una secretaría general, á cuyo frente estuvo primero el honrado intendente D. Manuel de Garay, y luego el ilustre poeta y ardiente patriota D. Manuel Quintana.

Con la instalacion de la junta suprema acabó el gobierno de las juntas provinciales, primera y genuina expresion del alzamiento nacional. Máquinas de guerra, ellas en el breve periodo de su mando apénas se ocuparon de asuntos administrativos y políticos; no se ocuparon sino de armar y defender al país. ¡Pero cuán dignamente llenaron por lo general su mision! ¡Con cuánto patriotismo, valor, celo, abnegacion, constancia y desinterés! Nunca se conoció tan bien lo acertado que es el instinto y el conocimiento popular sobre las personas: los más sábios, los más valientes; los más au-

daces, los más honrados, fueron en cada ciudad y en cada villa los elegidos por el pueblo para la temeraria empresa de combatir á la Francia y á Napoleon, al coloso de Europa, el genio militar de los siglos modernos. Ellas encontraron una nacion resuelta á la lucha y ansiosa de gloria; pero sin reeursos, sin armas, sin autoridades, sin ejército, sin rey. Trabajaron con incansable actividad; lucharon con mil contradicciones sin desalentarse, sin desconfiar jamás de la salvacion de la causa nacional; y al resignar su soberano poder, entregaron á su heredero un pueblo todo en armas por su independencia, rejuvenecido, lleno de entusiasmo, orgulloso de sus victorias, en Valencia, en Bailén, en Zaragoza y en Gerona. Europa entera vió con asombro y con envidia esa obra del pueblo, una de las más gloriosas para la España de aquella gloriosa época.

CAPITULO XIX

Entran en Madrid los ejércitos de Llamas y Castaños; proclamacion de Fernando VII: pronunciamiento de Bilbao, vencido: las tropas de Blake ocupan á Bilbao: situacion de los ejércitos españoles y franceses: accion desgraciada de Lerin: cobarde abandono de Logroño.—Napoleon prepara grandes fuerzas contra la península: entra Napoleon en España, accion desgraciada de Zornoza y pérdida de Bilbao.—La expedicion del marqués de la Romana es forzada á jurar fidelidad á José Dinamarca: patriotismo y denuedo de un oficial catalan: sublime juramento de los españoles en Langeland: dan la vela para España y desembarcan en Santander: se incorporan al ejército de Blake.—Accion favorable de Balmaseda: derrotado en Espinosa de los Monteros entrega el mando al marqués de la Romana en Leon: es llamado Castaños en socorro de Madrid.—Napoleon avanza sobre la córte: rendicion de Madrid: falta el emperador á la capitulacion: vacila entre reponer a José ó agregar España á Francia.

Franqueada la entrada de Madrid con la victoria de Bailén, se apresuraron á tomar posesion de la capital los ejércitos de Valencia, Murcia y Andalucía, bajo el mando de Llamas (depuesto Cervellon) y de Castaños (13 y 23 de Agosto). Recibiélos el público con muestras de alegría y entusiasmo, en particular al último, cuyas tropas pasaron por debajo de un sencillo y majestuoso arco de triunfo.

La proclamacion solemne de Fernando VII pareció que debía coronar aquella brillante victoria, y se hizo con grandes festejos, más profusos de lo que el interés nacional aconsejaba. Levantáronse ágríos clamores del público porque, en vez de perseguir á José, se entretuviese á nuestros soldados en la córte con paradas y revistas intempestivas, cuando las provincias Vascongadas con Navarra se agitaban por secundar el grito de la patria, y cuando los franceses ahogaban en la sangre de centenares de

patriotas el atrevido pronunciamiento de Bilbao.

Para acallar el clamor público celebróse el 5 de Setiembre en Madrid un consejo de generales con objeto de tratar los asuntos de la guerra y en particular el plan de campaña que se debiese observar. Compusieronlo Castaños, La Peña, Llamas, Cuesta y dos representantes de Palafox y Blake, uno el duque del Infantado. Cuesta, dominado por la ambicion ó por la mira de someter la revolucion al poder militar, propuso el nombramiento de un general en jefe de todos los ejércitos y operaciones, idea desatinada en aquella especie de guerra, que desecharon sus colegas. Convinieron solamente en que Palafox iria á situarse en Sangüesa y orillas del rio Aragon, Llamas en Calahorra, Castaños en Soria, Cuesta en el Burgo de Osma, y Blake por la parte de Búrgos, formando un semicírculo para arrinconar á los franceses en las provincias Vascongadas. A lo desjuiciado que era



abarcar tan extensa línea con tropas mal disciplinadas y provistas, se juntó la lentitud de la ejecución, causada por la rivalidad y por la larga permanencia de Castaños en Madrid, atribuida al deseo de que le nombrase la junta generalísimo de los ejércitos.

Blake, repuesto su ejército de la rota de Rioseco, marchó con veintiocho mil hombres á situarse en Villarcayo, y destacó una división á ocupar á Bilbao. Abandonáronla los franceses para volver sobre ella con mayores fuerzas; pero Blake avanzó también á sostener á su gente, y al fin quedó por él aquella villa á mediados de Octubre. Uniéndosele al mismo tiempo en Quincoces ocho mil hombres de Asturias al mando de D. Vicente María de Acevedo, militar experimentado y de ánimo entero, avanzó á establecerse con parte de sus tropas entre Zorrioz y Durango.

Los demas cuerpos acudieron también á las orillas del Ebro, siendo ésta su posición y fuerzas á mediados de Octubre: á las orillas del Ebro, Pignatelli, en sustitución de Cuesta, con ocho mil castellanos en Logroño; La Peña y Grimarest, con diez mil andaluces en Lodosa y Calahorra; y D. Pedro Roca, sucesor de Llamas, con cuatro mil quinientos valencianos y murcianos en Tudela; al otro lado del Ebro, avanzados sobre Navarra, estaban los aragoneses, ocho mil, en Sangüesa al mando de O-Neil, y cinco mil á su retaguardia en Egea al de Saint-March. No llegaban en todo á setenta mil hombres, y aún así, y con estar la mitad con Blake tan distante, Castaños y Palafox, al avistarse en Zaragoza, habían resuelto, con mejor deseo que prudencia, tomar la ofensiva contra Pamplona, en tanto que por la costa marcharian los gallegos y asturianos á cortar al enemigo la comunicación con Francia.

Lo desacertado de tal proyecto se conoce con sólo exponer la situación de éste. Si á José se le hubiese perseguido en su retirada de Madrid, fácil habría sido arrojarlo al otro lado del Bidasoa, rendir á Pamplona y resguardar bien la frontera. Pero se le dejó un tiempo precioso para reponerse material y moralmente, y en breve, auxiliado por Napoleon, su situación fué más ventajosa que la de nuestros ejércitos,

aunque inferior en fuerzas. Tenía cincuenta mil hombres divididos en tres cuerpos, al mando de Moncey, Bessieres y Ney, enviado de Francia para regir el centro, así como Jourdan para ponerse al frente de una reserva en que se colocó José. La ventaja consistía en estar concentrados en un pequeño espacio, prontos á acudir en socorro de cualquier punto de los que acometiesen los españoles en la larga curva que formaban, y en tener á su espalda los refuerzos de la Francia abocados á Bayona, mientras que sus contrarios con nada más contaban si salían derrotados en un choque.

Los resultados justificaron luego la censura de los que vaticinaron un mal éxito. El 27 de Octubre era el señalado para emprender el movimiento; pero antes había la impaciencia de los soldados hecho moverse á algunos genarales. Pignatelli traspuso el Ebro en Logroño, y se adelantó hasta Viana; Grimarest mandó á D. Juan de la Cruz ocupar á Lerin, y O-Neil también se adelantó por la parte de Sangüesa. Cruz se fortificó en Lerin con sus mil hombres, y fiado en la promesa de su jefe, de que sería oportunamente socorrido si se viese atacado por superiores fuerzas, se defendió con bizarría todo el día 26 de seis mil infantes y ochocientos caballos que le acometieron con artillería. Cercado por tanta gente y encerrado en un palacio, sin esperanza de socorro, capituló honrosamente, saliendo del fuerte con todos los honores de la guerra. No quedó con él suyo Grimarest, pues, además de faltar á la palabra empeñada teniendo parte la víspera de la acción de la aproximación del enemigo, puso el Ebro á su espalda, y suponiendo órdenes de La Peña, se retiró á la torre de Santaguda.

Los de Logroño, atacados por Ney en sus puestos avanzados, se replegaron perseguidos hasta las alturas que hay inmediatas á aquella ciudad en la opuesta orilla, que apareció corriendo el enemigo el día 25. Castaños, allí presente á la sazón, encargó á Pignatelli que defendiese el punto, á no ser que los franceses, corriéndose por la derecha, pasasen el río para atacarle por retaguardia, en cuyo caso se replegaría á Nalda, al pié de la sierra de Cameros, y se volvió en esta confianza á Calahorra.



No bien había, por decirlo así, vuelto la espalda, Pignatelli daba la orden de retirada, y con tanta precipitación y en tal desorden salió de Logroño el 27, que, sin ser de nadie perseguido más que de su propio terror, dejó los cañones en Nalda abandonados, y no paró hasta Cintruénigo. Castaños, indignado, lo destituyó del mando, distribuyendo su gente en las demas divisiones, reformó algo la organización y situación de su ejército, y, ya escarmentado, resolvió no llevar á cabo el movimiento convenido con Palafox sin haber recibido los refuerzos que esperaba, y sin tener aviso de Blake acerca de la parte que á él le correspondía. Inútil fué de todo punto, por consiguiente, que los aragoneses de Sangüesa hubiesen avanzado hasta Monreal.

La actividad y las combinaciones de Napoleon no permitieron que llegase á realizarse el malaventurado proyecto de los generales de Aragón y Andalucía. Lejos estaba el emperador, al salir de Bayona para restituirse á Paris en consecuencia de la batalla de Rioseco, de imaginar que unos ejércitos bisonos como eran los de España y unas simples bandas de paisanos mal armados fuesen capaces de rechazar sus aguerridas legiones hasta el Ebro. Se persuadió entonces de que no bastaban cien mil hombres para esclavizar á España, y que tenía necesidad de comprimir rápida y energicamente su alzamiento, si había de conservar aquel prestigio que tenía encadenadas las demas naciones al yugo imperial. Dió orden á los ejércitos vencedores en Prusia de encaminarse á la península, y pidió al senado ciento sesenta mil hombres de las conscripciones del año 6 al 10 acompañando el mensaje con una relación á su manera de las causas y fines de la guerra emprendida contra España; reducido todo á su pretexto ordinario: que era preciso atender á la seguridad del imperio y por consiguiente deterrar la influencia inglesa de nuestro territorio. Menos satisfacción bastaba para que aquel alto cuerpo, siervo humilde de sus caprichos, le concediese los sacrificios que de la nación precisaba, y declarase que la guerra con España era «política justa y necesaria.»

Había resuelto conducir él mismo sus ejér-

citios, y para prevenirse de las contrariedades que entretanto pudieran surgir en el Norte, buscó el apoyo del emperador de Rusia. Propúsole celebrar la entrevista que sin determinar tiempo se había convenido en la paz de Tilsit, y, habiendo aquél acaecido, el 27 de Setiembre se hallaban juntos en Erfurth con los soberanos de Alemania, y los de Austria y Prusia representados. En medio de grandes fiestas trataron de los asuntos de Occidente tan á placer de Napoleon que el emperador Alejandro, no sólo aprobó sus proyectos, sino que, tachando de rebeldía la insurrección de los españoles por Fernando VII, reconoció á José Bonaparte por rey de España: extraña conducta, apenas creíble por lo desacordada, que debió enseñar á los pueblos lo que vale el pretendido derecho divino de los reyes para sus primeros campeones.

Sin embargo, conviniéronse en entablar negociaciones de paz con la Inglaterra, seguro Napoleon de que no llegarían á dichosa conclusión, con el fin de aparecer así, como siempre lo procuró, retado y no provocador de la guerra. Con efecto, habiendo Mr. Canning contestado que no abriría ninguna conferencia si no entraban como partes en los conciertos la Suecia y España, sus aliados, Mr. Champagny le dió una contestación ágría y amenazadora que hacía consiguiente la ruptura de los tratos. Mas para convencerse de que las negociaciones eran una falsía más de los fatales negocios de España, basta sólo atender á las palabras del emperador, de vuelta á Paris, en el discurso al cuerpo legislativo: «Parto, decía, dentro de pocos días á ponerme Yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.» Esto decía el 25 de Octubre, y el 39 estaba ya camino de Bayona, sin conocer todavía la contestación de Mr. Canning á la primera nota de España, que no salió de Londres hasta el 28.

Próximo á entrar en España, incorporó á las fuerzas que había aglomerado sobre la frontera las que tenía José, y les dió nueva distribución en ocho grandes ejércitos, poniéndolos á las órdenes de sus más ilustres mariscales: Víctor, Bessieres, Moncey, Lefebvre, Montier, Ney,



Saint-Cyr y Junot. Reunian todos la enorme cifra de doscientos mil infantes y cincuenta mil caballos. Sin obstáculo cruzaron el Bidasoa tras Napoleon, que lo pasó el 8 de Noviembre, llegando el mismo día á Vitoria, córte y cuartel general de su hermano.

Se apresuró á entrar sabiendo que Lefebvre se había adelantado á emprender las operaciones contra Blake, situado en Zornoza. Dudando éste si atacar, esperar ó alejarse de los franceses, llegaron éstos á su vista el 31 de Octubre con unos diez mil hombres más que los que él tenía, que no eran sino diez y seis mil quinientos, con falta casi absoluta de artillería, por haberla inoportunamente enviado camino de Bilbao. Así la derrota fué consiguiente, á pesar del valor con que se batió la primera division del mando de D. Genaro Figuerola, soldado entendido y valeroso. Faltóles tambien el auxilio de las de Martiniego y Acevedo, las cuales, engolfadas en las asperezas de la sierra, por Villaró y Dima, no pudieron acudir. Blake se retiró con orden camino de Bilbao; pero sin detenerse prosiguió á Balmaseda, y Lefebvre, dejando para perseguirle al general Villate con siete mil hombres, revolvió sobre aquella rica villa, de la cual se apoderó venciendo una fuerte resistencia.

Incorporáronse entonces á Blake las tropas que habían ido al Norte á las órdenes del marqués de la Romana, cuya retirada, por ser uno de los episodios más interesantes y característicos de la guerra de la Independencia y del genio español, merece consignarse en la historia.

Habíanse conducido valerosamente en varios encuentros, principalmente en el sitio de Stralsunda, granjeándose con ellos una honrosa reputacion en los ejércitos del emperador. Luego que éste decidió emprender la conquista de España, las hizo trasladar á Dinamarca para colocarlas como sitiadas entre el mar y su ejército. Todas fueron, en efecto, á las islas de Langeland y Fionia y á la península de Jutlandia, excepto los regimientos de Astúrias y Guadalupe, que recelosos, osaron á pasar de noche el gran Belt y entrar en Zelândia. Traían inquietos á oficiales y soldados el faltarles

noticias de España, siendo las que recibían de fecha atrasada, porque las interceptaba el gobierno francés. Sacóles al fin de la incertidumbre la llegada de un despacho de Urquijo para que jurasen como rey á José, nueva que les llenó de asombro, aumentándose su alarma con la falta absoluta de correspondencia que los aclarase aquel enigma. Aunque divididos y separados todos los cuerpos, alteráronse hasta el punto de gritar unos «Viva España y muera Napoleon,» y matar otros á uno de los ayudantes del general Fririon; mas al fin se vieron obligados á prestar el juramento, si bien algunos pusieron la atrevida reserva de «con tal que José hubiese subido al trono sin oposicion de los españoles.»

Los esfuerzos de los diputados españoles en Londres por salvar aquella escogida division, habían logrado que el gobierno inglés diese orden para que fuese á situarse delante de las islas dinamarquesas parte de su escuadra del Norte, á fin de auxiliar los planes que uno de ellos, marchó á concertar con la Romana. Vanos fueron, con todo, los medios que el comisionado empleó para entrar con éste en correspondencia, y quizá su expedicion habria sido del todo estéril, por la exquisita vigilancia de los generales franceses, si no le hubiese allanado todos los obstáculos la patriótica inspiracion y el arrojado de un oficial de voluntarios de Cataluña.

Llamábase Juan Antonio Fábregues: comisionado para llevar pliegos de Langeland á Copenhague, al regresar torció de camino y se embarcó en un bote con dos pescadores, sin declararles su objeto, suponiendo ir con asuntos del servicio. Mas apenas avistó tres navíos ingleses, tiró del sable, y les mandó que lo condujesen á su bordo. Llevaba en su compañía á un soldado, que, sorprendido por el súbito arranque de su jefe, dejó caer el fusil de las manos. Al punto se abalanzó á cogerlo uno de los marineros, que sin duda hubiera inutilizado la bizarria del español, si ménos valeroso éste y diligente, no le hubiese cortado la accion, descargándole un sablazo en la muñeca. Obedecieronle entonces, y fué grande su sorpresa y alegría al encontrarse á bordo con el diputado



de Londres, no ménos que la de éste al verse inesperadamente con un conducto seguro para entenderse con la Romana.

Volvió Fábregues á tierra, conferenció con sus jefes, y concertaron el levantarse en un mismo día todos los cuerpos, poniéndose en marcha para un puerto dado, donde se embarcarían para España. La Romana anduvo en resolverse perplejo, considerando la gran responsabilidad que sobre él pesaba, si, por aventurarse en tal empresa, conducía á todo el ejército á su perdicion. Era de suyo indeciso, algo flojo de carácter, permeable á la adulacion, y aunque de erudicion vasta, sujeto á olvidos é inconsecuencias de nota. En medo de eso su corazon era leal, y no tardó en responder al llamamiento de la patria.

Conforme en dirigir el movimiento, hubo que abreviarlo, porque llegaron los franceses á traslucir la visita de Fábregues á los buques ingleses. Los de Langeland se sublevaron los primeros, apoderándose de la isla; la Romana lo hizo arrojándose sobre la ciudad de Nyborg, cuya posesion importaba para facilitar el embarque; y los que á la opuesta orilla de la misma isla Fionia estaban en varios puntos repartidos, se trasladaron sin tropiezo á Langeland. No lo tuvo más que el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia, por la traicion del segundo de la Romana, Kindeland, que corrió á dar parte de lo que ocurría al mariscal francés Bernardotte; á pesar de eso el regimiento se salvó, metiéndose, á favor de una rápida marcha de diez y ocho leguas en Nyborg, y se salvaron tambien dos de la Jutlandia. El del Algarbe, que tardó en emprender el movimiento, se vió sorprendido por tropas francesas, dando lugar al trágico fin del capitán Costa, que se disparó un pistoletazo al verse vendido. Los dos regimientos desarmados de Astúrias y Guadalupe tampoco pudieron lograr su objeto; de modo que más de cinco mil hombres tuvieron que renunciar por entonces á la gloria de acudir desde tan lejos, y á través de tantos peligros, en defensa de su patria.

Kindelan, no satisfecho con la revelacion del proyecto, delató á un capitán de artillería, llamado Guerrero, que se hallaba con comision

en Sleswig. Preso y llevado éste á presencia de Bernardotte, no lo negó; antes lleno de indignacion se volvió contra el falso amigo y lo apostrofó de traidor sin reparar en cuánto arriesgaba su vida. Por fortuna, el mariscal francés, prendado de la nobleza y bravura de éste, y no ménos indignado contra el mismo que le servía con el aviso, tuvo la generosidad de perdonarle la vida y proporcionarle secretamente la fuga, facilitándole dinero para emprenderla.

Empero, como general tuvo que dar disposiciones contra los fugitivos, y no cabiendo ya apelar á la fuerza, empleó los más seductores halagos y las falsas nuevas sin olvidarse de atizar el fuego de la discordia explotando las rencillas de algunos jefes. No contaba con que, si es fácil de sembrar entre los españoles la desconfianza y abrir divisiones, hay en el fondo de su carácter un sentimiento elevado, ante el cual los odios personales desaparecen y las almas se estrechan; es el sentimiento de la patria. En contestacion á las arterias y á las seductoras promesas, cuando se juntaron en Langeland, en medio de una magnífica efusion, clavaron sus banderas en el suelo, formáronse en círculo á su alrededor, y postrándose de rodillas ante ellas, juraron no abandonarlas sino con la vida, y ser fieles á su amada España. ¡Espectáculo sublime digno de la antigüedad, que arrancó lágrimas de ternura á cuantos lo presenciaron, y que con razon compara uno de los historiadores de aquella época á la modesta y magnánima respuesta de Jenofonte en la célebre retirada de los diez mil griegos: «Hemos resuelto, contestó al rey de Persia, atravesar el país pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo pátrio, y pelear hasta morir si alguien nos lo impidiese.»

Los griegos de Langeland eran nueve mil, los cuales, más afortunados que aquéllos, pudieron dar la vela el día 13 para un puerto de la Suecia, entonces amiga, y desde allí para España, cuyas playas besaron llenos de júbilo en Santander el 9 de Octubre.

La caballería se internó para ser remontada, y de la infantería se formó inmediatamente una pequeña division con la denominacion del Norte, que á las órdenes del brigadier conde